

GABRIEL ARRIARÁN

PRESENTA:



EL
COMEDIANTE

DANIEL URRESTI
O ENTOMOLOGÍA DE LA TRISTEZA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

*La editorial no se hace responsable por la información brindada por el autor en este libro.

El comediante

© 2021, Gabriel Arriarán

Edición: Planeta de Libros Perú

Corrección de estilo: Elizabeht Bautista

Diseño de portada e interiores: Departamento de diseño de Editorial Planeta Perú

Composición de portada: Montaje sobre una foto de Daniel Urresti en un acto público como funcionario

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Perú S. A.

Av. Juan de Aliaga N° 425, of. 704- Magdalena del Mar. Lima- Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: abril 2021

Tiraje: 1000 ejemplares

ISBN: 978-612-319-613-4

Registro de Proyecto Editorial: 31501202100052

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2021-01253

Impreso en Aza Graphic Peru S.A.C.

Av José Leal 257, Lince, Lima, Perú

Lima – Perú, abril 2021

EL
COMEDIANTE

DANIEL URRESTI

O ENTOMOLOGÍA DE LA TRISTEZA

POR

GABRIEL ARRIARÁN

*A Alberto Ñiquen y Eduardo Recoba,
los amigos que hice en La Mula.*

Hear a joke once: man goes to the doctor. Says he's depressed. Says life seems harsh and cruel. Says he feels all alone in a threatening world, where what lies ahead is vague and uncertain. Doctor says treatment is simple. Great clown Pagliaci is in town tonight. Go and see him. That should pick you up. Man burst into tears. Says, "but doctor... I am Pagliaci".

ALLAN MOORE, *The Watchmen*

Soy un payaso que colecciona instantes.

HEINRICH BÖLL, *Opiniones de un payaso*

**Uno no es lo que quiere,
sino lo que puede ser...**

JOSÉ JOSÉ, «PAYASO»

**La muerte nos sonríe a todos.
Todo lo que un hombre puede hacer es
sonreírle de vuelta.**

MARCO AURELIO



EN 1983, Daniel Urresti fue destacado al Batallón de Comunicaciones 111, en Piura. La rutina en aquel cuartel comenzaba a las seis de la mañana con entrenamientos físicos: gimnasia, trotes y carreras. Un día, el jefe de instrucción, un mayor, ordenó que los militares volvieran al patio de armas y le pidió al chofer que diera un paso al frente. José Soto era un suboficial de tercera que, según cuenta Urresti, había tenido una niñez muy pobre. Cuando tenía nueve años, llegó un circo a su localidad, y él empezó así a ganarse la vida: unos cuantos soles por recoger la basura entre una función y otra. El día en que el circo levantó su carpa, Soto le comunicó a su mamá que se uniría definitivamente al espectáculo. Durante años, Soto viajó con la compañía. «Comenzó como payasito, después [como] lanzafuegos, malabarista, faquir y, sobre todo, contorsionista». Los oficios con que Urresti describió la vida de Soto son, en realidad, la metáfora de su propia carrera política. Al cumplir la mayoría de edad, Soto se presentó al servicio militar obligatorio en la ciudad de Tumbes. Allí pudo concluir la secundaria. Luego, lo trasladaron a Piura. Entonces, allí estaba, frente al batallón. La flexibilidad que Soto había desarrollado en el circo lo había acercado a la práctica del judo. El chofer del cuartel había resultado ser un experto judoca y, en aquel momento, se encontraba dirigiendo, frente a militares mejor ranqueados que él, una clase de defensa personal.

—Fue una clase muy profesional, con movimientos exactos y eficaces —contó Urresti.

Poco tiempo después de que a este chofer lo pusieran al mando de la instrucción en defensa personal, designaron a Urresti oficial de rancho. Entonces ambos debían ir juntos —es de imaginar que Soto conducía el camión— a comprar la comida del cuartel. Que un simple chofer llegara tan lejos en la práctica de un arte marcial llamó la atención del entonces joven oficial. Soto era cinturón negro, en el tercer dan. Por las noches daba clases en la Federación Deportiva Peruana de Judo de Piura. Urresti poco a poco fue viendo «a Soto como amigo y profesor más que como un subordinado».

Él y otros diez militares fabricaron un tatami en el cuartel y quedaron enganchados, por aquella época, a la práctica del judo. Entrenaban después de los ejercicios físicos de rigor y al término de la instrucción diaria.

El mayor a cargo veía día a día a sus pupilos entrenar por su cuenta bajo el liderazgo de Soto. Se le ocurrió entonces que, para la celebración del Día del Arma de Comunicaciones del Ejército, el 29 de junio, podría organizarse una demostración de artes marciales tras las exhibiciones de tiro y el partido de fútbol. Acudirían los comandantes de las demás unidades, oficiales de otras delegaciones, y de la propia, así como los jefazos de la región militar.

Urresti y los militares que entrenaban juntos ya tenían bastante práctica para exhibir con solvencia sus nuevas habilidades.

—Nuestra presentación fue un éxito y nos aplaudieron con muchísimo entusiasmo. Luego salí al frente para anunciar

lo que el coraje, la concentración y el control de la mente en un soldado bien entrenado pueden lograr —prosiguió Urresti.

La manera cómo funciona el cerebro de un militar en el Perú oscila entre los sueños del heroísmo y la ridiculez. A continuación, Soto dio un paso al frente y se atravesó las mejillas «con agujas de costalero de quince centímetros». Y luego volvió a repetir el acto, pero esta vez perforándose los labios y el cuello «sin que se le viera una gota de sangre».

—La mente puede estar preparada para ver algo así en un circo [...]. Nuestro éxito fue tal que el comandante general de la región ordenó que repitamos la demostración.

Urresti nunca consideró que el suboficial Soto solo había dejado un circo para unirse a otro. Esta vez debían repetir su exhibición en un coliseo cerrado en Piura. Además de los militares, asistiría también la gente de a pie y las autoridades civiles.

Durante cuatro meses, el grupo de judocas liderados por Soto entrenó para mejorar su presentación, y Urresti se obsesionó con el faquirismo. Él también quería atravesarse un alambre por la cara.

—No es fácil —le dijo Soto—, pero lo puede lograr.

Había que concentrarse, tener la convicción. Urresti lo intentó un montón de veces, pero cuando sentía la aguja presionando su cara desistía.

—Mi orgullo estaba herido.

Mientras tanto, la fecha del espectáculo se acercaba. Acudiría toda la ciudad.

—¡Carajo! —exclamó Urresti frente a Soto—. No puedo ni dormir bien pensando que no puedo hacer lo del faquirismo.

Pero Soto era un buen profesor y encontró para su pupilo una solución. Primero, subió la valla. El acto no lo iban a realizar con agujas de costalero, sino con tres metros de alambre de construcción.

—No podía hacerlo con una aguja y... ¿me proponía hacerlo con un alambre de tres metros?

En una salida digna de entrenamiento jedi, Soto encontró una solución para su padawan:

—Mi teniente, imagine que su cara es de jebe.

Voilà.

Cuenta Urresti que, el día de la exhibición, la gente aplaudió a rabiar la rutina de judo que presentaron. Pero querían sumar a su número un cierre con broche de oro.

—Traté de concentrarme en que tenía la cara de jebe.

Y, en efecto, la transmutación de la carne en caucho ocurrió.

—Sentí que ponían en mi mano el alambre de construcción, llevé la punta contra mi mejilla derecha y presioné con fuerza hasta sentir la punta con la lengua. Seguí presionando contra la mejilla izquierda hasta que salió la punta por el otro extremo. Seguí jalando hasta entregarle la punta del cable a Soto, que hizo lo mismo. Antes de retirar el alambre, nos acercamos a la tribuna. Grandes aplausos, ni dolor ni sangre.

La muchedumbre, es de imaginar, enloqueció: «¡Cara de jebe! ¡Cara de jebe! ¡Cara de jebe!».

«El faquirismo con el tiempo quedó en la anécdota»,
escribió el general.

Su cara de jebe, en cambio, pasaría a la historia.